

ABSENCE

2008

Con Absence nos adentramos en el bosque. Uno de esos bosques de los cuentos poblado por animales y seres que terminaron instalándose en el imaginario de todos nosotros y que, por siglos, convirtieron nuestras noches en los escenarios propicios al miedo, la inseguridad y la imaginación más desenfrenada.

Dentro de sus límites todo puede ser posible. Lugar ambiguo por excelencia, sus escenarios encierran supuestos hechos inusuales que, raras veces, quedan resueltos en la mente del que los observa. El bosque sigue siendo inmenso, vacío, difícil de penetrar, inhóspito y secreto, misterioso y mágico. Un lugar “en el que el hombre abandona todas sus creencias para dar paso a la incertidumbre del destino”.

En estos escenarios la noción de bosque, como parte constitutiva de un paisaje, designa, ambiguamente, dos cosas distintas a la vez. Por un lado, un lugar material determinado y, por el otro, una representación figurativa, una construcción imaginaria, en la que participan los sueños y deseos del que penetra en él. Aquí se nos muestra un bosque actual. Lugar donde se esconden nuestros miedos, ilusiones o deseos. Un mundo en el que la idea de presencia convierte a la ausencia en un ente corpóreo.

La ausencia convertida ahora en masa negra con silueta de humano o animal nos advierte de la posibilidad literal de hacer materiales nuestros deseos, sean éstos de la índole que sean. Nos deja en nuestras manos la posibilidad de decidir si lo que vemos es, fue o será lo que estamos viendo. Así pues, la relación entre los hombres y el bosque se inscribe dentro de una historia de larga duración “una historia de las miradas” en la que espectador y escenario se relacionan de manera directa y en la que el sujeto construye, según su propia mirada, el paisaje que tiene delante de sus ojos.